

EL CENTENARIO

En fin, con decir que presenciaron el desfile de los dos cortejos históricos *un millón ochocientas mil* personas, puede formarse idea, aunque aproximada, de lo que fué la fiesta de ayer. Cien mil espectadores había en la plaza de la Concordia. La multitud, que lo invadía todo, respetó el dolor de la estatua de Estrasburgo. No hizo falta que nadie la defendiera, porque ningún francés fué osado á profanar la inviolabilidad de aquel símbolo de un fragmento de la patria sangrienta. Sola, aislada, entre crespónes y coronas fúnebres, contrastaba la estatua en aquella orgía de audaces regocijos. La multitud alardeó de circunspecta y respetuosa. No quiso manifestarse hostil á la *Libre Parole*, aunque este periódico protestó contra la celebración de la fiesta; no quiso tampoco responder al *meeting* proyectado en Saint-Ouen por los anarquistas. Derrochó, eso sí, el humor que le distingue tanto, á costa de las tres mil personas que formaron las comparsas; rió mucho cuando

Voltaire y Rousseau fueron llamados á ocupar los asientos respectivos, y al oír decir á Montesquieu que llevaba zapatos Carlos IX porque le dolían mucho los callos. Un granuja hizo al autor del *Espíritu de las leyes* muecas horribles, que no lograron sacarle de su seriedad. Una chulilla, que también las hay en París, dijo al ver á Lafayette: — ¡ Si se parece á mi suegro!

Un entusiasta por la Rosina del *Barbero de Sevilla* — la cual Rosina era una española de primera *caliá* — le gritó al paso: — ¡ Te comía!... Y la lindísima rubia Celestina Girard, que llevaba la palma en la cima del carro de la Concordia y de la Paz, recibió una ovación de besos á honesta distancia.

No hubo más, y los atentados del *monstruo*, como llaman los monárquicos á la plebe, se limitaron á protestas contra una señora aristocrática y perfumada (hasta cierto punto), que colocada detrás de una reja insultaba á los que la quitaban la perspectiva. — ¡ Bien estás enjaulada! — respondían los aludidos. — ¡ Hidrófoba! ¡ Anda que te den morcilla!...

Los más sedientos de fiesta revolucionaria se dispersaron al caer de la tarde, entre los acordes de la *Marsellesa*, que iban poco á poco apagándose y muriendo después de haber despertado y enardecido el gigantesco organismo de la metrópoli republicana.

* * *

El cuerpo diplomático no asistió al Panteón; y las embajadas, exceptuando las de Inglaterra é Italia, se abstuvieron de iluminar sus casas. La española se significó con dejar á obscuras los dos mecheros de gas que alumbran de ordinario las puertas cocheras. Hay que dispensar á la embajada, porque está haciendo economías de petróleo y velas de sebo; pero el señor duque de Mandas que, como diplomático, no tiene otro prestigio que perder, está en el caso de conservar el prestigio de los faroles... y no puede salir de su casa diciendo al criado: *apaga y vámonos*.

La monárquica Inglaterra iluminó brillantemente su residencia en París. Ha cumplido una vez más su añeja teoría de respetarse á sí misma y respetar á los demás. *Pall Mall Gazette* dice á este propósito: — « Felicitamos á Francia porque tiene hoy, después de tantas dificultades, el gobierno republicano más serio que ha habido en Europa. Nosotros, los ingleses, no hemos hecho todavía la justicia que merece al pueblo francés, por el valor extraordinario con que ha sacudido los desastres de 1870 y 71 y por la energía con que ha rehabilitado la nación. Esta es la página más gloriosa de la historia contemporánea. »

Se significaron igualmente por la abstención la aristocracia del faubourg Saint-Germain y el clero, que ha conculcado la ley con el hecho de no poner banderas ni iluminaciones para celebrar una fiesta

nacional ; ese clero que recibe severas censuras del cardenal Richard, porque « pululan » los sacerdotes que ahorcan los hábitos por casarse con las feligrasas, como lo han hecho el vicario de Saint-Ferdinand des Ternes, el de una importante parroquia parisiense, y el vicario de Saint-Maur, el cual se casó há poco con una muchacha tan guapa como rica, marchándose á veranear al hotel que tiene ella en Varenne, aunque protestó la parroquia toda y el cardenal Richard quiso atajarles escribiéndole á él : « Mi querido niño... venid á verme... hablaremos. »

* * *

Marchaban, con arreglo al orden establecido, un pelotón de la guardia republicana ; escolta de agentes ; dragones del tiempo de Luis XV ; carro de los *Precursores de la Revolución* (Voltaire, Rousseau, Diderot, madame Goffrin y demás personajes), tirado por doce caballos con gualdrapas encarnadas ; carro de la *Marsellesa*, simbolo de la Gloria que corona el busto de Rouget de Lisle, entre palmas, banderas y flores ; *Voluntarios de la República*, que lucen tricornios de plumas rojas ; *Caballería de Valmy*, con uniformes verdes y dolmanes amarillos ; carro de *Chant du départ*, monumento extraordinario, con la Victoria enseñando á los soldados el camino del triunfo, mientras el pueblo cantó las estrofas del himno de Chenier ; seguía el *Triunfo de la República*, carro en forma de nave, en la que se embarcó

un mundo ; y, por último, cerrando la marcha el carro de la *Concordia y de la Paz*, que llevaba una representación de todas las clases sociales. ¡ Procesión indescriptible ! Al detenerse en las plazas de la Concordia, Ópera y República, entre estruendo de armas y cantares hélicos, rodeada de un millón ochocientas mil personas que aplaudían y vitoreaban la República, me pareció que Voltaire y Rousseau se daban, sin que lo notara el público, un gran apretón de manos.

No quiero hacer el Loubet, ni el Challemel Lacour, ni el Floquet, ninguno de los cuales acertó en su discurso con la nota que sintetizara esa sinfonía wagneriana de un gran pueblo que aventaja con orgullo las cenizas del pasado. Para describir á pluma el vértigo de ayer no hay más que un escritor en Europa : *Zola*. Y para describirlo de palabra no hay tampoco más que un orador en Europa : *Castelar*. La fiesta del Centenario habría sido completa si Castelar hubiera hablado en el *Panteón* y *Zola* hubiera escrito en la plaza de la Concordia.

GUASA VIVA

Desde el Capitolio—permitidme una cita á lo Fernández Villaverde—hasta la roca Tarpeya, no hay más que un paso; desde la prefectura parisiense hasta la casa anarquista de *Fitzroy street*, no hay más que otro paso, y la policía tiene el deber de no ponerse en ridículo...

La prensa inglesa protesta contra los atentados de la policía parisiense en Londres. Inglaterra es un país libre, el único verdaderamente libre de Europa; y el abuso, aunque proceda de la autoridad, tiene en seguida la merecida censura. Inglaterra ha dicho que los agentes franceses no tienen *maneuers* porque han cometido, con la circunstancia agravante de no venir á cuento, una porción de arbitrariedades, castigadas por la ley inglesa, aunque se declarara autor de ellas el príncipe de Gales.

Ignoro si se querellará el Sr. Delebecque, dueño de la fonda que fué allanada por les representantes

de la policía parisiense. Este es el aspecto grave de la cuestión; pero resulta más grave aún en la Metrópoli de los *can-can*s, el ridículo en que se ha puesto esa misma policía.

Llega á Londres, pide que la acompañen Melville y sus agentes, y todos juntos, formados en batalla, se dirigen á la calle *Fitzroy*, fieras las miradas, mirando de hito en hito la fotografía de la joroba de Meunier. El sitio dura desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde.

—Hay que sacudir estas moscas—dice Delebecque—y se dirige á hablar con los agentes. De todos los balcones, de todas las ventanas, de las buhardillas inclusive, surgen como por encanto cabezas de anarquistas que hacen muecas burlonas y enseñan palmos de lenguas. La policía está muy azorada. Los vecinos gritan al verla:—«¡Son los carabineros de Offenbach!» y saludando al agente Houllier:—¡Adiós tú, *Troptard*!

Gallaud, redactor del periódico *En-dehors*, toca en un organillo la *marcha triunfal de Houllier*.

—¿Qué es esto?—pregunta el obsequiado.

—Una murga—responde Delebecque—que se da á ustedes por espiar á mis huéspedes y comprometer la reputación de mi establecimiento.

—¡Que bailen!—grita una mujer que se parece á Luisa Michel.

Entonces se acerca respetuosamente un caballero anarquista, que responde por Charveson. Se acaricia las patillas, tose, escupe, y por fin se *arranca*:

—Señores... Esperábamos la honra que nos pro-

porciona vuestra visita. Teníamos noticia de ella y os habríamos aguardado en la estación si nos lo hubieran permitido nuestras habituales ocupaciones pirotécnicas. ¡Ah, señores! Es sensible (para vosotros) que Francis y Meunier abandonaran esta casa cuando llegabais á Calais. Podéis, sin embargo, buscarlos, aunque deben estar lejos si han corrido bien. De Meunier puedo afirmar que está camino del país de los Mormones... ¡Qué sentimiento!

Una mujer.—¿Se marearon ustedes mucho en el canal?...

Otra señora.—¿Están buenas las familias de ustedes?...

El Sr. Delebecque, propietario, comprende que hay que poner punto final á aquella broma de mal género. Invita á los agentes:—«Registren ustedes todo lo registrable.»

Charveson vuelve á usar de la palabra:—Yo os acompañaré. Permitidme el honor de ser vuestro *cicerone*... Mirad: este es el cuarto que ocupó Francis... Ese otro estuvo habitado por Meunier. Lo reconoceréis fácilmente en el hoyo que dejó en la cama la joroba de aquél compañero... ¡ah, señores! En el cuarto de Francis hay unas botazas muy viejas; en el de Meunier, unos calcetines intransitables. Los anarquistas han dejado algo: ¡el olor!

La expedición policiaca evacuó á la voz de mando la fortaleza de *Tottenham Court Road*; el periodista Gallaud empuñó nuevamente el manubrio del organillo y volvió á oirse en la calle *la marcha triunfal de Houllier*...

Un madrileño zorrillista, que se preparaba á bailar la marcha por lo flamenco con una miss de circunstancias, dijo á los amoscados agentes :

—No ofenderse, *musiús* ; son todos muy cabayeros; pero guasa viva.

CRÓNICA

París, la gran bacante, bañada en Champagne y coronada de rosas, ha llevado de la mano á sus lindas hijas, las *demi-mondaines*, á manejar airoosamente el trapo de sus *toilettes* del *Grand Prix* sobre el musgo de los prados que verdean en la inmensa explanada.

Pero el *Grand Prix* pasó como una ráfaga de la alegría, porque París se sorbe los sucesos como el mar los granos de arena.

Cuando hice diariamente, durante medio año, una crónica para *El Liberal*, me decían los amigos : — No sabemos cómo se las arregla usted. ¡Va usted á dejar los sesos en las cuartillas!

Y yo les declaraba, sin pizca de vanidad, que tal labor no suponía para mí mayor trabajo, porque raro fué el día que no me dió París asunto para una crónica.

Es una ciudad enferma, la gran neurótica del siglo, y de los enfermos no falta nunca algo que contar. De niño solía pasarme las tardes subido á un